MANUEL MAPLES ARCE

TIERRAS NATIVAS

EL PUEBLO LEJANO

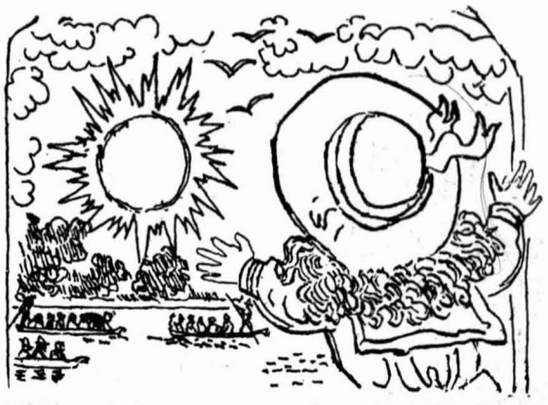
Yo nací en un pueblo que era sólo una villa,
una iglesia en su atrio rabañaba el lugar,
traspasaban el aire perfumes de vainilla:
mi madre allí tenía sus galas y su hogar.

Su nana le decía cosas de maravilla:
'—Vela, se mi figura que te vas a enmaplar",
y ella sonreía, radiante la mejilla,
al galán forastero que la iba a buscar.

Muchas veces pensando en el tiempo y la vida,
el destino y la muerte, mi alma oscurecida,
recibe las caricias del amor familiar,

y sueño con el pueblo en sus horas mejores,
en las bellas criaturas y sus tiernos amores
oyendo en mis umbrales los latidos del mar.

Hay en mí un lado sentimental que no puedo desconocer. Personas, lugares y cosas me afectan de alguna manera y me llevan a un humor nostálgico. No olvidé a mi tierra natal, Papantla, y ella tampoco me olvidó. Bajo los auspicios del Ayuntamiento, presidido por el doctor Agustín Lammoglia, se llevó a cabo una fiesta en mi honor para declararme hijo predilecto. La ceremonia tuvo lugar en el salón de actos de la escuela municipal que lleva el nombre de la educadora María Gutiérrez. En esa ocasión leí un capítulo de mi libro *A la orilla de este río*, en el que relato el viaje que, siendo niño, hice a Papantla con mis padres. El pueblo, de fiesta, ofrecía un aspecto jubiloso por los cientos de danzantes que con sus coloridas indumentarias tomaron parte en el programa, desfilando y ejecutando sus bailes a lo largo de las calles. En medio de esta alegría desbordante sentí la fuerza de sus tradiciones y los vínculos emocionales que me unen con aquella gente. Solar totonaca que abarca una de las zonas arqueológicas más notables de la República, donde destaca la geométrica belleza del Tajín. Lluvia o trueno en la vieja cosmogonía.



La pirámide trunca de los nichos se yergue bajo un cielo restirado de azul. La vez anterior que estuve allí había, reclinada en un costado, una estela que representaba una hermosa escena ceremonial. Luego, desapareció. Apuntalada de estrellas mantiene el Tajín su íntegra geometría calendárica. Antigua porque en el siglo XI ya se le había abandonado, y moderna por su perfecta funcionalidad sideral. Símbolo del tiempo, cuenta la sucesión de los días de un ciclo completo, siguiendo un ritmo admirable ante el cerrado horizonte de montículos, que prometen extraordinarias revelaciones arqueológicas. Estaba yo frente al mundo de esa raza espiritual, a la vez delicada y fuerte, que agitada por un anhelo de trascendencia nos dejó este mirífico monumento que muestra a nuestros ojos la grandeza de su cultura. Contemplando la construcción de irresistible seducción y belleza, siento la medida de los días transcurridos para siempre y lo que nos aguarda. Tierra nativa: desde las entrañas de tus bosques me llega la brisa estremecida del perfume de tu vainilla. La rotación de los días encerrados en la mudez de la piedra, inclina a la admiración de tu origen metafísico. Por el fino modelo de tus bustos y las caras sonrientes tostadas por el sol, lo mismo que en las esculturas mágicas, esplenden tus palmas y hachas ceremoniales, con la gracia y la delicadeza de un legado invulnerable. Nos atrae la girándula de tus danzas, que desafían a la muerte, pero nuestra alma distraída por intereses y pugnas, está lejos de tu forma de ser y de tu corazón mismo. Nadie comprende la asociativa de tus elementos. Han pasado por ti silenciosos siglos sepulcrales, mas el ritmo riguroso de las escalas de tu pirámide sin par, concreta, como si estuviera allí para la eternidad, la gloria viva de tu genio.

Quiero, con mi palabra, lavar la injuria del injusto Claudel, hombre de ciega certidumbre, que denigró, sin conocerlas, nuestras viejas razas y sus grandiosos mitos; y que sobre su imprecación brillen para siempre los biseles de tu piedra engarzada en el mecanismo de los astros.

Manuel Maples Arce (Papantla, Veracruz, 1898), poeta fundador del movimiento Estridentista, actualmente prepara sus memorias, de las que generosamente nos ha cedido un adelanto.

Manuel Maples Arce

Muchas veces he pensado en aquella legendaria arquitectura y hasta creo que la he idealizado. Mientras la admiraba hablé con el cuidador del campo, un hombre atezado, despierto y locuaz, que me refirió varias leyendas vernáculas relacionadas con la vida de los totonacas, una de las cuales se aprovechó para hacer una película en la que el mismo vigilante tomó parte, y no dudo que lo haría bien, dado el garbo que ponía en la narración, subrayada por el floreo de su machete, con el que al mismo tiempo cortaba pequeños tallos o apuntaba a los montículos que circundan la zona.

Aquella estrellada noche estuve dando vueltas en el parque en compañía de dos hermanos, parientes míos por el lado de mi madre, que estaban enemistados por hondo desacuerdo. Caminaban a mi flanco, dirigiéndome la palabra, sin hablar entre sí, situación algo incómoda para todos, pero que no era completamente novedosa, pues sus padres vivieron también bajo el mismo techo sin cambiar palabra, ocupando cada uno las piezas extremas de la casa. Después de un rato nos sentamos. Me sentía distante en el pasado de mi niñez. No lejos estaba el atrio de mis correteos, apiñado de recuerdos. La musiquilla de una feria reverberante me envolvía mientras indígenas, hombres y mujeres de albo vestido, se reunían en pequeños grupos susurrantes cerca del quiosco o en los escaños que acotan el jardín. Pero ni siquiera lo que sucedía a mi alrededor lograba captar mi interés. Yo estaba pensando en algo distante, muy lejos del tiempo, que me hacía ir y venir como una exhalación. Solía escapar de la casa de mi tía Concha a la de mi abuela y metía la mano en alguno de los tenatitos rebosantes de pesos y tostones que había en el repositorio de la vainilla, y me iba a los puestos del mercado a comprar raspados de frambuesa y confites de almendra. No estaba descartado de mis proyectos casarme con una de mis primas, y en consecuencia, ser enteramente feliz llevando la vida más deleitosa del mundo. Para librarme del aburrimiento haría estupendas excursiones por la playa e iría a visitar al Cacique Gordo de Zempoala, con el cual me divertiría en grande jugando a las matatenas y pagándole con calcomanías cuando yo perdiera, y recibiendo en cambio códices de colores con maravillosas historietas cuando ganara...

El silencio se había ya hecho en el pueblo cuando regresé a mi posada decidido a naufragar en las olas del sueño. Bajo la dulzura de estas impresiones me sentía feliz. Mi tierra natal me recibía cariñosamente. Partí llevando en mi viejo corazón tonificado la sonrisa que florece en la faz de sus antiguas esculturas.

TAJIN

Bajo abrasantes soles tropicales
por el camino voy de la vainilla;
absorto, con ojos sensuales,
descubro del Tajín la maravilla.

Vallada de verdura reluciente
descorre su votiva gradería,
y a los biseles de la luz poniente
vuela la metafísica del día.

El genio de su eterna fantasía
—Rayo o trueno de mitos coruscantes—
ha vuelto a florecer a los viandantes.

Ausentes están dioses y pinturas,
pero desde el azul de sus alturas
siento el duro latir de sus danzantes.

Llegué de nuevo al río. Contemplé maravillado el paisaje. Apenas una ligera vibración se cernía sobre la reluciente atmósfera. El río estaba azul oscuro, las estrellas emitían sus mensajes infinitesimales. Volví a vivir los episodios de mi vida infantil: el trajín y el divagar cotidianos, las impulsiones de mi espíritu en aquellos días y las angustias y júbilos de mi mocedad. Surgían y se desvanecían en las nebulosidades de mi recuerdo sombras y escenas anacrónicas. Pensé en Mariana, la recamarera, que acudía a decirme que ya era tarde y que mi madre me esperaba. Me parecía oír desde el viejo caserón de la Peña el acento cavernoso de don Segismundo Gervi, cuando al pasar le gritaba: "¡Don Segismundo!" y el eco me contestaba "mundooo"; la sostenida queja del pistón de Zaleta; y hasta creí ver al diablo, con bigotes y piocha pintados de hollín, que desde algún escondite intentaba jugarme una de sus malignas bromas.

No sé cuánto tiempo permanecí fantaseando en aquel lugar. Era seguramente muy tarde cuando emprendí el camino a casa siguiendo el mismo recorrido que hacía con Mariana. En vez de acostarme me instalé en el comedor, abierto al patio florecido de limoneros y astronómicas, y subyugado por mis vivencias infantiles, caí en una honda ensoñación: ví que se acercaban las sombras de mi niñez con un mágico halago e imaginé ésta:

SERENATA PUERIL

La vida es un teatro
hecho por tres o cuatro,
afirma Calderón.
Van llegando al tablado
gente de mi pasado,
sombras de mi telón:
Cristina y Severiano
cogidos de la mano,
Mariana, la mucama,
Zaleta, el embrujado
y brujo del pistón
que perdió la chaveta
por la que no lo ama,
pues ama a otro varón.
Yo sueño con lo arcano
y el diablo entra en lo vano
haciendo una pirueta
por el escotillón.

Las brujas bailan al son
de una música terqueante
para volver al amante
de nuevo a su posesión.
El aquelarre hace ronda
delante del guajolote,
palabras del epazote
se oyen en la trapisonda.
—Por aquí has de llegar;
en la noche del Erebo
frente a la vela de cebo
a fuerza tienes que entrar.
Está en su punto el conjuro
cuando al guanajo hace ¡tong!
Surtió ya efecto lo oscuro
por arte del Malintón.
Con el alma fatigada
pasaba horas de extrañez
viendo entre la palizada
las sagas de mi niñez.

Es noche de retreta
la pena de Zaleta
suspira en la veleta
que escala su pistón;
Su larga queja ensaya
al pie de la Atalaya,
y al diablo le da raya
el encantado son.

Con lírica acrobacia,
trasunto de la gracia,
sus altas notas hacia
la noche alzan su son.
Planea por los tejados,
se planta en los estrados,
y en bailes y tinglados
arguye su pasión.

Todo es suave y vago,
la noche mero halago,
la mar pleno cantar.
El mágico insondable
que cuelga sus tesoros
tachado de meteoros
me clava el formidable
mirar del ultramar.
Entonces me decía:
¿Cuál es la profesía?
¿La vida es un afán?
Hay gentes laceradas,
mujeres encintadas
y buques que se van.

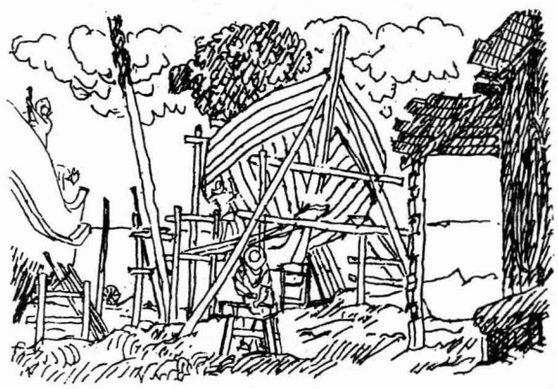
Muchachas de ojos zarcos
que esperan blancos barcos
riberas de la mar,
con senos y caderas
de tensas primaveras,
como barcas veleras
ansían también bogar.

Yo andaba por los cielos
buscando en mis desvelos
la curva kepleriana,
cuando el sutil intruso
ligero me propuso
los senos de Mariana.

Con golpe acelerado:
—Estate bien portado,
te vas a condenar.
—Están tus días contados
gritóme el emboscado
con hondo resonar.
Mas hícele yo frente,
y le solté estridente:
—Me haces los mandados.
—De mí te has de acordar.

Algunas sombras raras
detrás de las mamparas
están a lo que están.
La trova con su lazo
las ata en breve plazo.
¿Caerán o no caerán?
¡Si mudan las estrellas,
cuánto más las doncellas!

El tiempo chinchurreta
y el vacío con careta
del brazo juntos van.
Que suba el proxeneta,
más alto que un cometa,
y enrédese en su treta
el diablo-sacristán.



Hembras de vida airada
ostentan de pasada
sus garbos y rabeles
con ilusorio afán.
—Que dos tan zalameras,
requiebro a las troneras.
Y ellas: —Pero mieles
al asno no se dan.

Olvídense mis señas
y grítenle a las peñas
los que vendrán atrás.
El eco es el segundo
y no don Segismundo,
que desde el otro mundo
responda al trasbarrás.

Natura es un enigma
que pone como estigma
su sexo al tulipán,
desde su verde entraña
la vida es miel de caña,
azúcar de arrayán.

Modele Dios su barro
de donde yo me agarro
igual que hierro a imán.
Que no me queme el fuego
de su divino Ego,
y séame leve el juego
de vienen y se van.
—La rueda de la vida
está ya prevenida,
tu suerte está perdida,
no puedes escapar,
pues un golpe oceánico
que alcance hasta lo pánico
te habrá de sepultar.
—Que calle el agorero,
ya sé que somos cero
y todo ha de acabar.

La muerte rasca y rasca
en forma que da basca
su ríspido violín.
Tras ojos van las manos
de cuerdos y de insanos:
deshacen los gusanos
la carne hasta su fin.

Suenan ranas y grillos
sus agrios caramillos,
y el diablo se divierte
con el de los platillos.
La dulce queja vierte
su vano lamentar
Mariana en su ventana
siente las languideces
de una dicha lejana
que nunca ha de llegar.

Me arrullan las mareas
de las aguas leteas.
Sombras consoladoras
que me cerráis la mano,
llevadme a las auroras.
El alma mira a veces
el fondo del arcano.

¡Oh estelar portento!
¡Amable serenata!
El río va con lento
señorío de plata.
Un niño escucha atento
la endecha estremecida
que discurre en el viento
y le embruja la vida.

En la noche de seda
la rutilante luna,
desde sus miradores,
en el azul vigila
la casa de la cuna
ya sin sus moradores.
Adios, gentil Zaleta,
en mi corazón queda
tu mágica escoleta
y la
queja de tus amores.
¿Quién, con la melodía

de tu música, un día,
hubiera imaginado
que me consolaría
del hoy y del pasado?

En mis oídos
jamás se apagarán
de tus sonidos
los dolientes ayes,
que como arrantes layes
sobre los mares van.

Despejó la noche el ceño,
se desnubló mi pesar,
como en el viejo cantar,
todo fue tan sólo un sueño
a las orillas del mar.

Cuando levanté la vista entre el cerro y la solana caía la claridad del cielo; las sombras de los árboles comenzaban a concretarse y despertaban las primeras disonancias matinales.

El mar —plata y azul, vaivén y espuma— tiene una suave palpitación. No me canso de contemplar el horizonte y la curva del cielo. Siento una vaga nostalgia, sensación fabulosa de tiempo y de distancia. La inmensidad se esfuerza por alcanzar las huellas de mis pasos en la arena. Embelesado recorro sus movimientos, la semántica de las mareas rezumantes de espuma que adicionan guarismos aumentando las primas náuticas y las corrientes reformatorias. ¡Oh almirante de los milenarios, adelantado azul de las tierras contingentes! ¡Hurra por el montaje de horizontes, la sucesión suntuaria y el superávit de pájaros! Sobrellevas en tus cambios la medida de la contradicción humana. Los impulsos y sofrenos de tu mecanismo son la imagen de la eternidad. Mírate en el alinde de la estupefacción franqueada por noviembres de púrpura y refrenda nuestro pacto metamórfico endosando las eflorescencias de tu reino contra las últimas libranzas del sueño. ¡Que tus resonancias de canto tibetano vengan rodando en el tumulto del silencio la voz blanca de Dios —alfa y omega, todo y nada— mientras deploro el tiempo maravilloso de mi infancia frente a la honda inquietud de la transitoriedad de la vida!